

# Anatomía de las máscaras

TEXTO: GILBERTO PRADO GALÁN

Las máscaras en la lucha libre revisten un significado mítico, psicológico y, si me apuran, filosófico: guardianas de la identidad, su polimorfismo y multiformidad reflejan rasgos fundamentales de la personalidad del gladiador. Hay máscaras que dejan en libertad la boca, máscaras que terminan a la altura de las aletas nasales. Otras máscaras, como las de la pareja infernal (Averno y Mefisto), poseen unos leves cuernitos, apenas visibles pitones del encéfalo.

A lo largo de los años, las máscaras presentan variaciones que potencian su función como encubridoras faciales: recuerdo, por ejemplo, la de Dos Caras Junior, también apodado el *birrostro*. Hay máscaras que subrayan, con trazo negro, los ojos y la boca. Celebérrima, ya sé, la máscara del Santo y, más cercana a nosotros, la máscara del Místico: el acólito del bien, el ahijado de Fray Tormenta, el príncipe de oro y plata. También las agujetas de la máscara poseen un papel importante: sirven para atar al poste y golpear a merced al contrincante. Algunas máscaras simulan o recuerdan la cresta de los cascos romanos: como la que calza Calígula, un luchador mexicano con atuendo primitivo y brazaletes negros. Otras caretas poseen caireles o flecos, como la de Apocalipsis, o como la máscara blanca de Volador, que ostenta prolongaciones de tejidos laterales.

Algunos enmascarados soportan, incluso, el cubrimiento de la boca: sí: dificultad para hablar, pero orgullo de tapa-rostro íntegro: tal es el caso de Máscara Sagrada, un luchador que ha tenido problemas con su nombre (Tigre Blanco, Hecatombe, Mágico y el agregado de Junior: Máscara Sagrada Junior). Los sucesivos cambios

de nombre han impedido que consolide su prestigio y, además, han causado confusión entre algunos aficionados. Eso sí: su Máscara (así con mayúscula) es, en verdad, hierática, Sagrada (también con mayúscula inicial).

Insisto. Una de las hazañas más esperadas del espectáculo de la lucha libre consiste en el arrebatamiento de la máscara: los protagonistas, ante la inminencia de la pérdida de la protección del rostro, experimentan sentimientos que oscilan entre la vergüenza, el despojo de la fuerza, la indefensión, el desconcierto, la rabia, la impotencia y el coraje. Un luchador, de espaldas a la lona, se siente abatido cuando las llaves y las estratagemas y habilidades de su rival lo orillan al trance de perder la máscara, y más si es la primera vez que experimenta este atropello. Hay luchadores que, tras haber perdido la máscara retan a su victimario a un segundo combate, donde la cabellera esté en juego, como ocurrió a Love Machine; frente al maestro lagunero Blue Panther perdió máscara y cabellera. Mas la máscara puede ceder de manera paulatina, a jirones, sin tanta crueldad, como ha sucedido en numerosos duelos e, incluso, en batallas de relevos.

Perder la máscara es, en fin, una violación de la privacidad, una tragedia que divierte al público, pero que aterroriza hasta las lágrimas al despojado. •

GILBERTO PRADO GALÁN

Torreón, Coahuila, 1966. Ensayista y poeta. Es autor de *Fundación del deseo* y *El canto de la ceniza*, entre otros libros.